

JULIO FUERTES TARÍN

entre las gafas y la cara pringosa, se levanta con cuidado, se acerca cuanto puede a la puerta y espera la siguiente parada. Cuando el tren se detiene, el señor se abre camino diciendo «perdone, perdone», y se larga con una sutil y desangelada pedorreta de agonía.

FÁBULA DE ISIDORO

LA MAÑANA ANTERIOR AL CELEBÉRRIMO Día de los Hechos, Wynston Sandoval acude al centro escolar con el ánimo apacible y tranquilo, circunstancia especialmente rara en la pubescencia y que por eso mismo merece mención. Wynston Sandoval tiene quizá trece años de edad, es natural de Chile aunque vive en Madrid desde hace un tiempo y esto es todo cuanto hay que saber por ahora. El niño, a quien ya podemos ubicar en su sillita de color verde, se suma al rito ancestral de los buenos días, que consiste en un profesor articulando un saludo amable al que responde la grey con un gruñido turbio. Para que el cumplimiento del rito sea modélico el profesor ha de llevar coderas en la chaqueta americana; los alumnos, por su parte, deberían ser de lo más idiota: a ese fin sirve exactamente la masa impermeable y legañosa de la cual se rodea o forma parte nuestro Wynston Sandoval. La masa está constituida por seres adocenados y no presenta solución de continuidad: entre sus pequeños individuos se dan innegables diferencias formales, pero lo variopinto de la fachada no impide intuir un futuro compartido, lamentable y errado. ¡El aula constituía un sumatorio de yerma ineptitud sin precedentes, o cuyo único

par era el que se registra en la Biblia, en la siguiente modulación del verbo sagrado: «hubo hambre en los días de David por tres años consecutivos y David consultó a Jehová y Jehová le dijo es por causa de Saúl y por aquella casa de sangre, por cuanto mató a los gabaonitas!», ¡ah, qué aula!, ¡no fue más estéril y agraz el secarral que contuvo en su cráneo el Glaucón de los Diálogos que, como todo el mundo sabe, fue un más bien pobre interlocutor!, y así.

En esta mañana escolar, de entre todos los gruñidos sobresale de manera clara y distinta el agudo buenos días de una niña repelente que años más tarde practicará el socorrido oficio de las clases de repaso de inglés. La niña se llama Ténesi, cada uno la llama como quiere, Wynston Sandoval la llama Tenesi y siente una intensa atracción por sus pechos recién brotados, que son del verano anterior y todavía no conocen la manita adolescente y ajena; *pese a su juventud, Wynston Sandoval ya es capaz de concebir esta horrible y timorata aproximación a la pureza, observa Manolo*. Tenesi fue alumbrada en Puerto Rico; ahora estudia aplicadamente el inglés en la academia de su barrio, idioma que pronuncia a la perfección. Por esto mismo Tenesi / debe quedar desterrada / de los lugares de triunfo / que quedan en nuestra patria: hay dos líneas maestras que delimitan el orden y arbitrio de nuestra nación, dos leyes que no se pueden ignorar y son las que siguen: primero, tributar dinero al Estado es de subnormales; segundo, pronunciar bien el inglés es de maricones y petimetres. ¡Haberlo pensado antes, Tenesi!, ¡no acabarías luego haciendo el idiota y dando clases de inglés!, ¡ni siquiera sabemos tu apellido y escribimos tu nombre como nos da la puta gana, según venga el endecasílabo o el romance!

¡No importas ni una mierda, Tenesí! La mayoría del alumnado no siente simpatía alguna por Wynston Sandoval como tampoco la siente por Ténesi y esto es debido a su condición de sudaca invasor o directamente puto negro. Si acaso, él todavía cae peor, porque no es tan atractivo para los muchachos como la joven Tenesí, que compensa su acento extraño convirtiéndose en un magnífico objeto sobre el que depositar los sometedores ojos, alguien dice algo sobre esos morros que tiene; *son como un cajón de fruta tropical —quiere decirse la fruta contenida en el cajón, no a la estructura de polietileno de alta densidad—*. La verdad es que Wynston Sandoval habla con mucho acento porque como ya sabe el lector llegó a Madrid desde Chile hace no muchos años, todavía dice cosas como querís, querís Coca-Cola, querís un trago; a sus compañeros no les interesa lo más mínimo la belleza exótica de su timbre y le hacen notar su condición de extranjero demoníaco con la máxima puntualidad.

Wynston Sandoval no tiene una paciencia benedictina pero es cobarde y tiene buen saque para tragar toda la mierda. Para no desgastarse en exceso en el aula, calla la mayor parte del tiempo, lo que puede ser un síntoma de inteligencia pero también de todo lo contrario: la postura de la recepción del conocimiento iluminador y nutricio es casi la misma que la de la muerte por coma etílico. Para que no haya dudas acerca del interior del cráneo de Wynston Sandoval diremos que no es un chico del todo estúpido y también que su sueño no es otro que llegar a ser un futbolista de los que parecen algo inteligentes, es decir uno de esos jugadores de fútbol profesional que poseen uno o más títulos universitarios, que no destacan excesivamente en el campo pero compensan su falta de brillo

genial con una sorprendente soltura en las ruedas de prensa, *rara avis*: el centrocampista defensivo con estudios superiores sigue siendo un fenómeno improbable pese a la riquísima matemática del mundo.

Uno de los compañeros de clase de Wynston, de nombre Roberto, se conforma con ser un buen futbolista y de momento es el capitán del equipo del colegio. Para que Roberto alcanzara la capitania del equipo conspiraron en su momento dos factores: primero y en lo estrictamente balompédico, su capacidad de desborde por las bandas y su visión general de juego, sagacísima para un niño al que le parece demasiado densa la tabla de multiplicar; segundo, y en lo que atañe a la idiosincrasia general de la ecúmene, Roberto podía presentar ante el equipo un pedigrí que se adaptara más favorablemente al escenario de xenofobia rudimentaria de los patios de colegio. Ahora mismo, en el aula, Roberto espera su momento reservando energías como los chacales que pisan sobre sus propias huellas, es decir esperando la hora del recreo, apoyando los antebrazos sobre la mesa de color verde y con la mirada fija en un punto concreto de la tabla encerada, el punto más desprovisto de significado. Wynston Sandoval también se aburre y ensaya dibujos geométricos sobre la capa lacada de la mesa, que está varias filas por delante de la de Roberto; los dibujos son bastante desagradables a la vista pero lo mantienen ocupado. Es precisamente esa fealdad compleja lo que le permite escuchar el discurso del profesor sin quedarse dormido; a Wynston Sandoval le funciona muy bien la memoria y no toma ningún tipo de apunte, va por la vida académica a pecho descubierto: los trece años son una buena edad para este tipo de actitudes aguerridas.

De pronto, sobre la mesa de Wynston Sandoval cae un desencadenante en forma de notita plegada. En ella hay escrita la sentencia que sigue:

*haber, si aciertas la quiniela
juegas mañana de titular*

El niño sabe que la nota es de su capitán, de Roberto, líder del prometedor equipo de fútbol del colegio. En la nota también pone Real Madrid y Barcelona, y un uno y una equis y un dos. Wynston rodea con paciencia el número dos, que simboliza la victoria del Fútbol Club Barcelona y ninguna otra posibilidad; repasa el círculo con la vista y también el panorama completo del papel cerciorándose de que no puede producir malentendido alguno. Roberto hace rayas sobre el papel de su libreta como si así, a la vez que se hace el sueco, estuviera conjurando la magia del aprendizaje, ¡jamás hubo libros en la casa de sus abuelos! Wynston Sandoval retiene la nota en su puño, plegada de nuevo, y mientras retoma el dibujo esperando el momento de devolverla va sopesando seriamente las consecuencias de aquella quiniela informal. Piensa que si todo va en serio y él adivina el resultado, podrá finalmente jugar un pequeño torneo entre colegios; el profesor dice algo acerca de Isaac Newton. Wynston Sandoval detiene el errático diseño para decirse con toda seriedad que debe jugar al día siguiente, se convence a sí mismo adoptando una óptica casi empresarial, del ámbito de las inversiones. Se dice «en las finales siempre hay ojeadores, puede que se fijen en mí»; se pone a imaginar a los ojeadores, embozados en sus oscuros abrigos, observándole a él, que